

si bien es cierto que usa la desintegración de los objetos-imágenes, conserva los poemas en unidad constructiva, y así llega al final, colocando ante sí los elementos de clima:

*...antes que el meridiano destrozado
pase a no ser y baje
la ensangrentada llaga de la tarde.*

Cierra el libro en una sutil interrogante de simple pero hondo juego: "¿Te llamabas adiós o mediodía o fuente?"

Hay en "Del corazón a la flauta" una madurez poética, que difícilmente se alcanza a los 22 años, edad de Colina. Tiene este libro una riqueza de imágenes que muestran un buen comienzo. Algunas costras, como la repetición de términos, son corrientes, pero salvadas la mayor parte de las veces, por sus distintos sentidos. Con "Del corazón a la flauta" entra Fernando Colina con paso firme dentro del grupo de los más destacados valores de nuestra poesía nueva, sin necesitar de falsos vanguardismos para llamar la atención.—MARIO DAZÁN.

EL AISLAMIENTO PSICOLOGICO

Al margen del libro de Lafourcade

Al introducirnos en el argumento de *Pena de Muerte*, novela del escritor chileno Enrique Lafourcade, creemos en un comienzo encontrar cierta semejanza con "Tony Kruger" o con "La Muerte en Venecia", de Thomas Mann, sobre todo en esa admiración casi rencorosa de Aurelio, protagonista del libro, por la vitalidad adolescente de quienes lo rodean. Pero luego, al avanzar en la lectura, vemos que no es ese el nudo de la novela. Se trata, en parte, de un tema nuevo en Sudamérica, pero que Lawrence ha profundizado

genialmente: la incomunicación en que viven algunos seres con los objetos, con la vida misma.

En *Pena de Muerte*, el incomunicado, el muerto por dentro, es Aurelio, hombre maduro, de cierta envergadura intelectual, que busca en vano un contacto con el universo, un lazo con las cosas existentes. La persona así incomunicada, así detenida en el umbral del mundo —ya sea Aurelio o cualquiera de los seres que se encuentran en tan lastimoso estado— vive llena de angustia, llena de anhelo. Y permanece prosternada ante aquellos que, libremente, se comunican con todo lo creado. Espía a esos seres, los necesita, los mira dormir, tratando de coger el maravilloso resorte que los funde al universo. Es, el incomunicado, algo así como un vampiro de almas. En "The Rainbow" y en "Women in Love" de Lawrence, nos enfrentamos con este problema, tratado generalmente de hombre a mujer. En "Hijos y Amantes", por ejemplo, Pablo es el personaje pleno, mientras Myriam está cerrada a todo. En "The Rainbow", el polaco se debate con su incapacidad para vincularse a la vida, al revés de su esposa que se siente ligada a ella por múltiples raíces.

Enrique Lafourcade describe en su obra la angustia de Aurelio, su desmedido apego a Eduardo y a Juan, quienes viven sencillamente conectados a todo. "Con su mirada de loco observaba dormir a Eduardo..." Juan, al tratar de ayudar a Aurelio con sus palabras, le dice: "La moral no debe ser tan fuerte que impida vivir al hombre. Desentiéndete de ella. Busca la ingenuidad de la experiencia cotidiana sin auspiciadores..."

Este tema que aún no se había tratado en las novelas hispano-americanas, puede dar materia para muchos tomos. Al analizarlo someramente, me pregunto: ¿por qué esa tremenda incomunicación de algunos seres con la vida? Tal vez, porque carecen de fe, lo que corta los lazos que deben atarlos al milagro cotidiano de la existencia. El individuo comunicativo, abierto a todo, puede, magníficamente, vivir solo. Más aún: ama su soledad, la busca y la saborea. El otro, el desvinculado, no. Es, como dije, un vampiro que se

aferra a los demás e intenta robar la vitalidad ajena para conseguir de ese modo el don de comunicación. Va caminando desorientado, sin nexos, oscilante, en un mundo poblado de tesoros que él no puede tocar. Va lleno de codicia.

Lafourcade logra grandes efectos poéticos al mostrarnos, sin definirla, esta búsqueda cruel. En una autocrítica del autor sobre su novela, vemos que él define a Aurelio como al hombre que busca a Dios. Yo agregaría: el hombre que, no sólo en un sentido místico, sino también vital, busca la esencia divina a través de las cosas. Aurelio, por su temperamento, vive más allá del bien y del mal. Su inteligencia y su cultura, no le facilitan la existencia. Al contrario: inundan su aridez espiritual de luces espasmódicas y grises. Le hacen apreciar la belleza sin que llegue a fundirse con ella. E ignora el perpetuo encantamiento que es el despertar de cada día cuando el alma y los sentidos vibran al unísono de todo lo creado. Ignora la hermandad que se establece entre el ser humano y las insignificantes manifestaciones del diario vivir. Así como desconoce la armonía absoluta con lo exterior que sienten quienes, pese a los años y al dolor sufrido, siguen llevando dentro de sí al niño que fueron, con su frescura de sensaciones y su mágica visión de la vida. Sin embargo, el protagonista de *Pena de Muerte* sale a veces de su estado de sequedad interna y se sumerge intensamente en la esencia de las cosas. A tal punto, que extrae de ellas una misteriosa e intocada significación que ni siquiera sus compañeros pueden coger.

Si este libro plantea, como algunos de Lawrence, el problema de la incomunicación espiritual, su autor ha aportado a él una profunda originalidad que da a *Pena de Muerte* un sentido nuevo y universal. Además, lleva esta obra la auténtica marca del continente americano. Hay capítulos, como el de la reunión de los pescadores en Forcón, junto a la fogata y aquel de un paseo al conchal indígena, que poseen la anchura salvaje de las creaciones de Walt Whitman, esa indómita desolación y esa fuerza de lo puramente americano. "En medio del potrero, erguido, Aurelio contemplaba

escudriñante la tierra cubierta de guijarros blancos, abriendo los largos brazos, abarcando y protegiendo con ellos, la colina. —Es un conchal, dijo con voz ronca. Bajándola aún más repitió: Un conchal indígena. ¿Comprendes? A esta colina, hace muchos años, vinieron los indios de las tierras interiores. Traían hambre. Bajaron hasta el borde del mar, buscando, escarbando con sus lanzas de peumo entre las rocas y, luego de recoger enormes cantidades de mariscos, se tumbaron aquí y comieron junto a las hogueras...” “Aquí, antes, hubo vida. Aquí, en donde pisas, en esta tierra que tú pisas también. Mírala, Eduardo. Aquí, antes, hubo niños...”

Es nuestra América la que habla con su voz inconfundible, con su gigantesco acento. Y es su gente la que se mueve a lo largo de las páginas del libro de Lafourcade; su gente “extraña, primitiva, pagana y triste”.

La novela sube aún de tono en los últimos capítulos. Aurelio, asumiendo su mortaja en silencio, penetra al océano como un sonámbulo, en desatinada y postrera hazaña de suicida. Semidiós de alma angustiada, ha decidido abandonar un mundo que permanece mudo frente a su clamor ansioso. Pero, por fin, en ese roce con la muerte, se encuentra a sí mismo y encuentra a Dios. La sumersión en las aguas es un bautismo. Conoce el misterio, acepta sus leyes. “Estaba solo y ya no le importaba mucho...” “Parecía esperar. Pero no esperaba”.—MARÍA FLORA YÁÑEZ.



CUATRO LIBROS DE MANUEL PEDRO GONZALEZ

Uno de los profesores más laboriosos de Hispanoamérica es quizá el cubano Manuel Pedro González, catedrático de literatura hispanoamericana en la Universidad de California, en Los Angeles. No hemos podido encontrar una lista de sus obras publicadas, pero si este hombre ha trabajado siempre con la presión con que lo ha hecho en los dos últimos años, su bibliografía debe alcanzar pro-